
LA FUNCIÓN SOCIAL DEL HISTORIADOR

ENRIQUE FLORESCANO



A Octavio Paz

La historia es la disciplina del "auto-conocimiento humano [...] conocerse a sí mismo significa conocer lo que se puede hacer, y puesto que nadie sabe lo que puede hacer hasta que lo intenta, la única pista para saber lo que puede hacer el hombre es averiguar lo que ha hecho. El valor de la historia, por consiguiente, consiste en que nos enseña lo que el hombre ha hecho y en ese sentido lo que es el hombre".

R. G. Collingwood

A diferencia del científico, que en el siglo XIX fue ungido con el aura del genio solitario, desde los tiempos más antiguos el historiador se ha pensado un creador condicionado por su grupo social. Conoce el oficio por medio del aprendizaje rutinario con sus profesores. Se ejercita en la disciplina leyendo los modelos que le heredaron sus antepasados. Descubre los secretos del arte gracias al análisis que hace de la producción de sus colegas. Su fuente de inspiración más estimulante son las obras maestras de todos los tiempos y de las culturas más diversas.

Los desafíos que le imponen sus compañeros de generación, y la ineludible competencia que padece en nuestros días, son los incentivos que lo inducen a superarse. Es decir, desde que elige su vocación hasta que aprende a encauzarla, está rodeado de condicionantes sociales inescapables. De una parte, es un producto social, un resultado de diversas acciones colectivas; y de otra, un individuo acuciado por el deseo de superar herencias del pasado y de renovar su oficio a partir de los desafíos que le impone su presente.

Si nos fuera dado viajar a los tiempos transcurridos, y recoger de ahí las imágenes que mostraran las tareas que nuestros antecesores le asignaron al rescate del pasado, veríamos que las funciones de la historia han sido variadas. También se podría advertir que esas tareas se concentraron en el propósito de dotar a las agrupaciones humanas de identidad, cohesión y sentido colectivo.

Desde los tiempos más antiguos, los pueblos que habitaron el territorio que hoy llamamos México acudieron al recuerdo del pasado para combatir el paso destructivo del tiempo sobre las fundaciones humanas; para tejer solidaridades asentadas en orígenes comunes; para legitimar la posesión de un territorio; para afirmar identidades arraigadas en tradiciones remotas; para sancionar el poder establecido; para respaldar con el prestigio del pasado vindicaciones del presente; para fundamentar en un pasado compartido la aspiración de construir una nación; o para darle sustento a proyectos disparados hacia la incertidumbre del futuro.

En todos esos casos la función de la historia es la de dotar de identidad a la diversidad de seres humanos que formaban la tribu, el pueblo, la patria o la nación. La recuperación del pasado tenía por fin crear valores sociales compartidos, infundir la idea de que el grupo o la nación tuvieron un origen común, inculcar la convicción de que la similitud de orígenes le otorgaba cohesión a los diversos miembros del conjunto social para enfrentar las dificultades del presente y confianza para asumir los retos del porvenir.

Dotar a un pueblo o a una nación de un pasado común, y fundar en ese origen remoto una identidad colectiva, es quizá la más antigua y la más constante función social de la historia. Se inventó hace mucho tiempo y sigue vigente hoy día. Como dice John Updike, el historiador sigue siendo el especialista de la tribu que tiene el cargo de contarle a los demás lo que todo grupo necesita saber: "[Quiénes somos? ¿Cuáles fueron nuestros orígenes? ¿Quiénes fueron nuestros antepasados? ¿Cómo llegamos a este punto o a esta encrucijada de la historia?"]²

Esta función primordial explica el atractivo tan grande que tiene el relato histórico y su audiencia vasta, continuamente renovada. Atrae al común de la gente y al curioso porque el relato histórico los transporta al misterioso lugar de los orígenes. Seduce al auditorio más variado porque ofrece un viaje a lugares remotos y propone esclarecer los comienzos del grupo. Al tender un puente entre el pasado distante y el presente incierto, el relato histórico establece una relación de parentesco con los antepasados próximos y lejanos, y un sentimiento de continuidad en el interior del grupo, el

pueblo o la nación. Al describir las épocas aciagas y los años de gloria, y al recordar los esfuerzos realizados por el grupo para defender el territorio y hacerlo suyo, crea lazos de solidaridad y una relación íntima entre cada miembro del grupo y el espacio habitado,

II

Pero si por una parte la historia nos hace adentrarnos en las identidades del grupo y en la búsqueda de lo propio, por otra nos obliga a registrar la diversidad del acontecer humano, nos abre al reconocimiento del otro, y en esa medida nos hace partícipes de experiencias no vividas pero con las cuales nos identificamos y formamos nuestra idea de la pluralidad de la aventura humana.

Para el estudioso de la historia, la inmersión en el pasado es un encuentro constantemente asombrado con formas de vida distintas, marcadas por la influencia de diversos medios naturales y culturales. Por esos rasgos peculiares del conocimiento histórico, a la práctica de la historia puede llamársele el oficio de la comprensión. Obliga a un ejercicio de comprensión de las acciones y motivaciones de seres humanos diferentes a nosotros. Y como esta tarea se practica con grupos y personas que ya no están presentes, es también un ejercicio de comprensión de lo extraño.

Podemos decir entonces que estudiar el pasado supone una apertura a otros seres humanos. Nos obliga a trasladarnos a otros tiempos, a conocer lugares nunca vistos antes, a familiarizarnos con condiciones de vida diferentes a las propias. Dicho en forma resumida, el oficio de historiador exige una curiosidad hacia el conocimiento del otro, una disposición para el asombro, una apertura a lo diferente, y una práctica de la tolerancia.

Es verdad que no todos los historiadores tenemos las cualidades de la simpatía y la disposición hacia lo extraño. Pero el conjunto de los practicantes de este oficio, y algunos de sus maestros más distinguidos, nos muestran que el oficio de historiador, cuando se ejerce con probidad, es una apertura a la comprensión y una disposición hacia lo extraño y remoto.

III

Al mismo tiempo que la imaginación histórica se esfuerza por revivir lo que ha desaparecido, por darle permanencia a lo que poco a poco se desvanece, por otro lado es una indagación sobre la transformación ineluctable de las vidas individuales, los grupos, las sociedades y los estados. La historia, se ha dicho, es el estudio del cambio de los individuos y las sociedades en el tiempo.

Buen número de los instrumentos que ha desarrollado

el historiador para comprender el pasado son detectores del cambio y la transformación. Estudiamos el cambio instantáneo y casi imperceptible que el paso de los días provoca en nuestras vidas. Analizamos los impactos formidables que provocan las conquistas, las revoluciones y las explosiones políticas y sociales que dislocan a etnias, pueblos y naciones. Y asimismo hemos creado métodos refinados para estudiar los cambios lentos que a través de cientos y miles de años transforman la geografía, las estructuras económicas, las mentalidades o las instituciones.

Gracias al análisis de esos diversos momentos de la temporalidad, el estudio de la historia nos ha impuesto la carga de vivir conscientemente la brevedad de la existencia individual, la certidumbre de que nuestros actos de hoy se apoyan en la experiencia del pasado y se prolongarán en el futuro, y la convicción de que formamos parte del gran flujo de la historia, de una corriente mayor por la que transitan las naciones, las civilizaciones y el conjunto de la especie humana. Al reconstruir la memoria de los hechos pasados, la historia satisface una necesidad humana fundamental: integra las existencias individuales en la corriente colectiva de la vida.

IV

Por otra parte, cuando la investigación histórica analiza los diversos hechos ocurridos en el pasado, se obliga a considerar cada uno de ellos según sus propios valores, que son precisamente los valores del tiempo y el lugar donde esos hechos ocurrieron. Al proceder con este criterio de autenticidad, el historiador les otorga a esas experiencias una significación propia y un valor duradero. De este modo, la historia viene a ser el instrumento por medio del cual los hechos del pasado adquieren un significado singular e irrepetible dentro del desarrollo humano general. Por esa vía las experiencias individuales y los actos nacidos de la intimidad más recóndita se convierten en testimonios imperecederos, en huellas humanas que no envejecen ni pierden valor por el paso del tiempo.

Hace siglos, al observar esta característica de la recuperación histórica, el humanista Marsilio Ficino escribió: "La historia es necesaria, no sólo para hacer agradable la vida, sino también para conferir a ésta un sentido moral. Lo que es en sí mortal, a través de la historia conquista la inmortalidad; lo que se halla ausente deviene presente; lo viejo se rejuvenece".

Por otro lado, la incesante revisión que hace la historia de los asuntos que obsesionan a los seres humanos, los relativiza, los despoja del sentido absoluto que un día se les quiso infundir. Contra las pretensiones absolutistas de quienes desearon imponer una sola Iglesia, un Estado o un orden social único para toda la humanidad

dad, la historia muestra, con la implacable erosión del paso del tiempo sobre las creaciones humanas, que nada de lo que ha existido en el desarrollo social es definitivo ni puede aspirar a ser eterno. La historia, advierte Hornung: “inexorablemente destruye todos los valores ‘eternos’ y ‘absolutos’ y demuestra la relatividad de los referentes absolutos que nos esforzamos por establecer”.⁴ Al contemplar la naturaleza efímera y cambiante de los datos que recogen el historiador, el etnólogo o el analista del desarrollo social, cobramos conciencia del carácter mudable de las construcciones humanas, y comprendemos también los impulsos desquiciados que quisieron congelarlas en el tiempo y hacerlas inmunes al paso de los días.

V

Entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX era común escuchar, en el salón de clases, la tertulia social o en los discursos que recordaban los hechos pasados, el dicho de que “la historia es la maestra de la vida”. Con esa frase se quería decir que quien leía libros de historia, o examinaba con atención los hechos que habían conducido a tal o cual resultado, podría utilizar esos conocimientos para no incurrir en los errores que afectaron a nuestros ancestros, o para normar los actos de la propia vida, apoyándose en las experiencias del pasado. Como sabemos, Hegel cortó esa pretensión con una respuesta tajante: “lo que la experiencia y la historia nos enseñan es que los pueblos y los gobiernos nunca han aprendido nada de la historia, y nunca han actuado según las doctrinas que de ellas se podía haber extraído”. En nuestro tiempo, Agnes Heller observó que los pueblos y los gobiernos “no son niños en absoluto, y para ellos no existe un maestro llamado historia”.⁵

Como reconoce Agnes Heller, si es verdad que no extraemos “lecciones de la historia”, constantemente estamos aprendiendo de los hechos históricos. Los desafíos de la actualidad casi siempre nos remiten a las encrucijadas del pasado, y muchas veces los acontecimientos pasados sirven de “principios orientadores de nuestras acciones presentes”. Pero todo esto nos lleva a la conclusión de que la “historia no nos enseña nada”, puesto que “somos nosotros los que, aprendiendo de ella, nos enseñamos a nosotros mismos. La historicidad, la historia, somos nosotros. Somos nosotros los maestros y los discípulos en esta escuela que es nuestro planeta [..] La historia no ‘continúa avanzando’, porque no avanza en absoluto. Somos nosotros los que avanzamos [...]. Como dice Vico, sólo podemos entender un mundo que nosotros mismos hemos creado. No nos limitamos a andar a tientas en la oscuridad. El rayo que ilumina las zonas oscuras de nuestro pasado es el reflector de nuestra conciencia”.^b

VI

De tiempo en tiempo se ha discutido, sobre todo después de las guerras y en épocas de crisis, si una de las funciones de la historia no sería la de condenar los crímenes y actos monstruosos cometidos en el pasado. Esta corriente se ha unido con otra, más antigua, que considera a la historia como una suerte de gran tribunal al que compete dictaminar el contenido moral de las acciones humanas. Lord Acton, por ejemplo, afirmaba que “la inflexibilidad del código moral es el secreto de la autoridad, de la dignidad y de la utilidad de la historia”. Apoyado en ese razonamiento, quería hacer de la historia “un árbitro de las controversias, una guía para el caminante, el detentador de la norma moral que tanto los poderes seculares como hasta los religiosos tienden a menguar”.^c

Contra esa opinión se ha manifestado la corriente que señala que el historiador no es un juez, ni le asisten razones morales para condenar a sus antepasados. Benedetto Croce, uno de los más convencidos defensores de esta tesis, la razonaba de la manera siguiente:

La acusación olvida la gran diferencia de que nuestros tribunales (sean jurídicos o morales), son tribunales del presente, instituidos para hombres vivos, activos y peligrosos, en tanto que aquellos otros hombres ya comparecieron ante el tribunal de sus coetáneos y no pueden ser nuevamente condenados o absueltos. No puede hacerse responsables ante ningún tribunal por el mero hecho de que son hombres del pasado que pertenecen a la paz de lo pretérito y de que en calidad de tales no pueden ser más que sujetos de la historia, ni les cabe sufrir otro juicio que aquel que penetra y comprende el espíritu de su obra... Los que, so pretexto de estar narrando historia, se ajetrean con ademan de jueces, condenando acá e impartiendo su absolución allá, y pensando que tal es la tarea de la historia.. Son generalmente reconocidos como carentes de todo sentido histórico.^d

Sir Isaiah Berlin, el eminente pensador inglés, suscribe esta idea, pero piensa que ningún “escrito histórico que sobrepasa a la pura narración de un cronista” puede evitar la expresión de juicios valorativos. Añade que pedir a los “historiadores que intenten entrar con la imaginación en las experiencias que han tenido otros y prohibirles que desplieguen su comprensión moral, es invitarlos a decir una parte demasiado pequeña de lo que saben, y quitarle significado humano a su trabajo”.⁹ Al reflexionar sobre estos temas acuciantes y demandantes, Agnes Heller concluyó:

En nuestro siglo, las catástrofes originaron grandes esperanzas para que nuevas catástrofes las aplastaran [...]. El infierno de la Primera Guerra Mundial terminó con la promesa [...] de que aquella habría sido la última [conflagración]. De

las democracias y las revoluciones surgieron nuevas tiranías, la economía se arruinó y el mundo se precipitó en una nueva guerra, incluso más terrible que la anterior. Los campos de concentración [...], las enormes fábricas de “procesar la materia prima humana”, convirtieron en amarga farsa la supuesta “superioridad” de la cultura europea. Pero, desde las profundidades de este nuevo abismo [...], renacieron frescas las esperanzas [...] He aquí nuestra historia: en su cruda desnudez es una historia de esperanzas traicionadas. ¿Hay que echar la culpa de ello al mundo o a nuestras esperanzas? Si culpamos al mundo, nos culpamos a nosotros mismos, puesto que somos historia. Si culpamos a nuestras esperanzas, culpamos a lo mejor *que hay en* nosotros, que somos historia. Buscar culpables es una irresponsabilidad. Lo que habría que hacer es asumir responsabilidades. Lo que *hay* que hacer es asumir responsabilidades.¹⁰

VII

Si es verdad que una de las tareas que más desvelan al historiador es la de corregir las interpretaciones que distorsionan el conocimiento fidedigno de los hechos históricos, no es menos cierto que en ningún tiempo ha sido capaz de ponerle un freno a las imágenes que ininterrumpidamente brotan del pasado y se instalan en el presente, o a las que cada uno de los diversos actores sociales inventa o imagina acerca del pasado.

Lo quiera o no el historiador, el pasado es un proveedor inagotable de arquetipos que influyen en la conducta y la imaginación de las generaciones posteriores. Desde los tiempos más remotos, cuando los mitos narraron la creación y composición del cosmos, definieron también la relación entre los seres humanos, los dioses y la naturaleza. Eran mitos dedicados a proponer modos de vida y a legitimar el poder. En esos relatos la naturaleza y la sociedad estaban confundidas y el ordenamiento del cosmos, de los ciclos temporales y de la vida humana se atribuían al poder inconmesurable del soberano. En Mesoamérica, este modelo le dio sustento a la construcción de numerosos reinos, fijó el arquetipo del gobernante, y a través de las diversas artes, multiplicó el ideal de vida predicado en los mitos cosmogónicos. En Mesopotamia, las primeras muestras de escritura registran los innumerables epítetos que acompañaban el nombre de los reyes, y también dan cuenta de la congoja que invadió el espíritu de Gilgamesh al contemplar consternado cómo la vida abandonaba el cuerpo de su amigo Ekindú. Hemos olvidado los adjetivos hiperbólicos que exaltaban la persona de los reyes de Babilonia, pero cada generación que lee el poema de Gilgamesh mantiene viva la imagen desolada del héroe ante la intromisión inesperada de la muerte.

Los cantos que Homero diseminó en la antigua Grecia produjeron imágenes imperecederas del héroe guerrero y del amigo fiel, del momento fragoroso de las

batallas y de los giros ineluctables que los dioses imponían en la conducta humana. Más tarde, el genio griego sustituyó la explicación mítica del cosmos por un análisis razonado del desarrollo social, basado en un pensamiento separado de la religión y dotado de sus propios conceptos, principios e instrumentos teóricos (Heródoto, Tucídides).”

En esa tradición abrevó la corriente dedicada a extraer de la historia ejemplos morales. Plutarco, el polígrafo griego que vivió entre los años 50 y 126 d.c., se convirtió en el primer maestro del género al escribir biografías edificantes de sus antecesores de la época clásica y de los romanos que vivieron los esplendores de la república. Siguiendo a Platón, Plutarco pensaba que las virtudes podían enseñarse. A ese fin dedicó sus *Vidas paralelas*, una galería de hombres ilustres que enaltece sus valores morales.¹² Con el correr del tiempo esta obra se convirtió en el texto que difundió los principios rectores que nutrieron a la antigüedad clásica, y en el modelo más imitado para recoger los ideales de vida de otras épocas.

Durante la Edad Media, el triunfo del cristianismo hizo de la pasión de Jesucristo el relato más celebrado. Por primera vez se difundió, por todos los medios conocidos, un solo mensaje religioso y una forma única de vida, al mismo tiempo que se condenaban las experiencias históricas distintas al cristianismo. El humanismo del Renacimiento canceló esa pretensión e inauguró los tiempos modernos. Las *Vidas paralelas* de Plutarco convivieron entonces con las hagiografías de los varones y mujeres piadosas. Las estatuas de filósofos, estadistas y héroes de la antigüedad invadieron el espacio público. Los antiguos cánones del arte clásico renacieron en la vida mundana y en el seno de la misma iglesia. La estima de los valores clásicos produjo las primeras colecciones privadas de antigüedades y esta pasión llevó a la creación del museo de arte, el recinto donde el visitante pudo contemplar por primera vez obras maravillosas creadas por seres que habían vivido en tiempos lejanos.

La sensación de vivir simultáneamente en diferentes espacios y tiempos históricos se aceleró por la serie de descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI. Los viajes de Colón y Magallanes, al mismo tiempo que precisaron los confines geográficos del planeta, volvieron popular su diversidad. El instrumento que difundió ese universo nuevo, poblado por geografías, bestiarios, civilizaciones, pueblos, dioses y tradiciones diversas, fue el libro impreso. Por primera vez el relato del viajero y del historiador registró las peripecias de la aventura humana en los escenarios más apartados y las comunicó a seres de culturas diversas. Gracias al libro impreso, el ciudadano de un país pudo ser contemporáneo de civilizaciones extrañas y conocer los itinerarios históricos de pueblos hasta entonces ignorados. Del libro, los temas

y los personajes históricos saltaron al centro de las obras teatrales (William Shakespeare), la ópera (Claudio Monteverdi, George F. Handel, Christoph W. Gluck, Richard Wagner, Richard Strauss), la novela histórica (Walter Scott), hasta invadir, en tiempos más cercanos a nosotros, la industria del entretenimiento y de la nostalgia: cine, televisión y tiras cómicas. Desde esos años, el libro, el museo y los medios masivos de comunicación son los principales difusores de imágenes, arquetipos y tradiciones del pasado. Son los instrumentos que completan y extienden la función social del historiador.

Hoy sabemos que los pueblos y los gobiernos de algunos países latinoamericanos, asiáticos y europeos, al enfrentar diversas amenazas en el siglo XIX, imaginaron ancestros inexistentes; inventaron lazos de identidad con el propósito de unir a poblaciones de lenguas y culturas diferentes; acuñaron símbolos nacionales (la lengua, el territorio, el folklore, la bandera y el himno nacional); o inauguraron monumentos, museos, ceremonias y panteones heroicos que a lo largo de ese siglo definieron los emblemas y los principios de legitimidad que amparaban a la nación y al Estado nacional. En este sentido, esas manipulaciones del pasado crearon "comunidades imaginadas", construcciones mentales que más tarde desafiaron la comprensión y el análisis del historiador, el sociólogo o el estudioso de los sistemas políticos. Entre los instrumentos que más se distinguieron en la creación de estos imaginarios colectivos habría que destacar un nuevo tipo de obras edificantes: el libro de texto, el mapa del territorio, el calendario cívico, los emblemas nacionales, los rituales públicos y el uso de los nuevos medios de comunicación.¹³

VIII

Otra función social que cumple la historia proviene de los hábitos establecidos por sus propios practicantes. En los dos últimos siglos, pero sobre todo en el que está por terminar, el estudio de la historia se convirtió, más que en una memoria del pasado, en un análisis de los procesos del desarrollo humano, en una reconstrucción crítica del pasado. Como ha dicho Marc Bloch, "El verdadero progreso surgió el día en que la duda se hizo 'examinadora' [.] ; cuando las reglas objetivas, para decirlo en otros términos, elaboraron poco a poco la manera de escoger entre la mentira y la verdad".¹⁴

A través del examen cuidadoso de los vestigios históricos, sometiendo los testimonios a pruebas rigurosas de veracidad y autenticidad, y atendiendo más al cómo y al por qué ocurrieron así los hechos, el relato histórico se transformó en un saber crítico, en un conocimiento positivo de la experiencia humana. La investigación histórica estableció entonces la regla que dice que "una afirmación no tiene derecho a producirse sino a condición de poder ser comprobada", y nos advirtió que "de

todos los venenos capaces de viciar un testimonio, la impostura es el más violento".

En la medida en que el historiador puso mayor cuidado en la crítica y selección de sus fuentes, mejoró sus métodos de análisis y sacó provecho de las técnicas de las ciencias exactas y las disciplinas humanistas, en esa misma medida se transformó en un impugnador de las concepciones del desarrollo histórico fundadas en los mitos, la religión, los héroes providenciales, los nacionalismos y las ideologías de cualquier signo. De este modo, en lugar de buscarle un sentido trascendente a los actos humanos, de legitimar el poder o de ponerse al servicio de las ideologías, la práctica de la historia se convirtió en un ejercicio crítico y desmitificador, en una "empresa razonada de análisis", como decía Marc Bloch."

Presionada por estas demandas, la investigación histórica abandonó las interpretaciones universales del desarrollo humano, y se dedicó a estudiar las acciones de los actores individuales y colectivos en forma concreta, buscando explicar la conducta humana a partir de su propia lógica, y esforzándose por comprender el cambio histórico a partir de sus propios desenvolvimientos, en tanto procesos capaces de ser observados con los instrumentos analíticos creados por la inteligencia y el saber positivo.

Podría entonces decirse que la función social que se ha impuesto la investigación histórica de nuestros días es hacer de su práctica un ejercicio razonado, crítico, inteligente y comprensivo. Es decir, se ha convertido en un estudio sometido a las reglas de la prueba y el error propias del conocimiento riguroso.

Aun cuando los historiadores de este siglo soñaron algunas veces equiparar el conocimiento histórico con el científico, después de ensayos desafortunados acabaron por reconocer que la función de la historia no es producir conocimientos capaces de ser comprobados o refutados por los procedimientos de la ciencia experimental. A diferencia del científico, el historiador, al igual que el etnólogo o el sociólogo, sabe que no puede aislar herméticamente su objeto de estudio, pues las acciones humanas están inextricablemente vinculadas con el conjunto social que las conforma. Y a diferencia del historiador positivista, que creía posible dar cuenta de los hechos tal y como estos efectivamente ocurrieron en el pasado, el historiador de nuestros días ha aceptado que la objetividad es una relación interactiva entre la inquisición que hace el investigador y el objeto que estudia: "La validez de esta definición proviene de la persuasión más que de la prueba; pero sin prueba no hay relato histórico digno de ese nombre".¹⁶

A pesar de las diferencias de enfoques y prácticas que hoy oponen a los diversos historiadores y escuelas historiográficas, hay consenso en que el objetivo principal de la historia es la producción de conocimientos a través del ejercicio de la explicación razonada.

IX

Con todo y las presiones que las ciencias experimentales han hecho sentir en el campo de la historia, los miembros de este oficio decidieron no cerrar las puertas a las prácticas que provienen del arte, los humanistas y el sentido común. Después de largos y a veces acalorados debates sobre los métodos científicos que conducen al conocimiento verdadero, los maestros del oficio proponen practicar con rigor unas cuantas reglas básicas. Entre ellas destaco las siguientes:

Ignorar a quienes quieren encerrar la historia en una rígida camisa de fuerza determinista, sea marxista, estructuralista o funcionalista. Evitar caer en las explicaciones monocausales. Alejarnos de las banalidades del anticuario que invierte su tiempo en el pasado por el sólo hecho de que ahí reposan datos cubiertos por el polvo de los tiempos. Rechazar los casilleros académicos que han dividido la historia en campos, áreas, disciplinas y especialidades que fragmentan la comprensión del conjunto social e impiden conocer su desarrollo articulado.

Vincular la historia de la vida material, la historia social y la historia cultural con la historia política, con el análisis de las estructuras profundas del poder, uno de los campos del conocimiento histórico más descuidados en las últimas décadas. Restituir la vida de los seres humanos, tanto de los grandes como de los pequeños, a la historia de donde fueron expulsados por los ismos que se impusieron a lo largo de este siglo.¹⁷

Imponer, como normas esenciales de comunicación, la claridad en el lenguaje y la expresión. Combatir la tendencia que busca dividirnos en grupos cada vez más pequetos, especializados e incommunicados. Reivindicar, en fin, la función central de la historia en el análisis del desarrollo social. Quizá ésta se reduzca a mostrar, con la fuerza de datos fidedignos y de la explicación razonada, que la inquisición histórica produce conocimientos positivos que nos ayudan a comprender las conductas, las ideas, los legados y las aspiraciones profundas de los seres humanos.

NOTAS

- 1 Véase Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- ² John Updike, "El escritor como conferenciante", *La Jornada Semanal*, 19 de febrero de 1989.
- ³ Citado por Erwin Panofsky, *El significado en las artes visuales*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 38-39.
- 4 Erik Hornung, *Les dieux de l'Égypte*, París, Flammarion, 1992, p. 233.
- 5 Agnes Heller, *Teoría de la historia*, México, Fontamara, 1989, p. 165. De aquí procede la cita de Hegel.
- ⁶ *Ibid.*, pp. 179-180.
- 7 Citado en Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1970, pp. 102-103.
- ⁸ Citado por Carr, *¿Qué es la historia?*, p. 104.
- ⁹ Isaiah Berlin, *Libertad y necesidad en la historia*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1974, p. 29.
- 10 Agnes Heller, *Teoría de la historia*, pp. 275-276. En nuestro país, estas ideas son las que han prevalecido. Entre los decanos del gremio de historiadores, don Silvio Zavala ha sido uno de sus defensores más vigorosos. Por su parte, Edmundo O'Gorman ha repetido que la misión del historiador "consiste en dar explicaciones por los muertos, no en regadarlos" o juzgarlos. Sin embargo, la pasada preparación y celebración del V Centenario del Descubrimiento de América hizo añicos esa tradición. Casi en todas partes, pero sobre todo en Hispanoamérica, brotaron tribunales y jueces que condenaron a los actores de los descubrimientos, exploraciones y conquistas del territorio americano, derribaron sus monumentos, quemaron sus efigies e impugnaron sus legados.
- 11 Véase Jean Pierre Vernant, *Les origines de la pensée grecque*, Paris, Presses Universitaires de France, 1988.
- 12 Plutarco *Vidas paralelas*, Introducción de Francisco Montes de Oca, México, Editorial Porrúa (Sepan Cuántos...), 1987.
- 13 Véase Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, Mexico, El Colegio de México, 1970; David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972; Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1991; E.J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, ed. Crítica, 1992; Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios*, México, El Colegio de México, 1992; Francois-Xavier Guerra (Ed.), *Mémoires en Devenir. Amérique Latine, XVIe-XXe Siècle*, Bordeaux, Maison des Pays Ibériques, 1994.
- 14 Bloch, *Introducción al estudio de la historia*, p 66.
- 15 *Ibid.*, p. 16.
- 16 Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*, New York, W.W. Norton and Company, 1994, pp. 260-261.
- 17 Lawrence Stone, "Una doble función. Las tareas en que se deben empeñar los historiadores en el futuro", *El País*, 29 de julio, 1993. @n